

INDONESIA, FACTOR POLITICO DEL MUNDO ORIENTAL

APARTADOS violentamente del Lejano Oriente desde 1898, los españoles apenas si están representados en esa región, donde se aglomera casi la cuarta parte de la humanidad; que por ese solo hecho, y por las grandes reservas de materias básicas que encierra, no puede ser un campo despreciable en el complejo diplomático de nuestros días; aunque los jóvenes Estados surgidos desde 1945 por la evicción de las potencias coloniales estén todavía en una fase balbuciente. Precisamente ese desequilibrio entre el poder masivo o humano y el económico, por una parte, y el poder político y estratégico y el financiero, por otra, convierte al Lejano Oriente en un vasto campo de maniobras entre los dos colosos —EE. UU. y U. R. S. S., ésta más bien representada o reemplazada por China—, aunque los pueblos interesados, en uso de su perfecto derecho, con mejor o peor fortuna, rechazan su arrastre por alguno de los dos bloques que aquellos colosos encabezan. Y pretenden compensar su debilidad agrupándose en un tercer conjunto, de orientación neutralista, que se suele conocer por *afro-asiático*, ya que desde el primitivo núcleo pentapartito de Colombo, el neutralismo oriental ha pasado a englobar una veintena de naciones, que ciertamente pesan, se quiera reconocerlo o no, en el conjunto mundial. El *neutralismo* oriental, tal como lo conciben sus autores, es eso: apartamiento de toda política imperialista para concentrar la energía de los interesados y dedicar sus recursos a una elevación de niveles —culturales, sociales, económicos—, que sólo tras de una honda transformación respecto al presente puede conseguirse.

Es un ideal correcto, aunque en Occidente, España incluida, tiene mal ambiente. Que se debe a un equívoco. Nos parece a los españoles que todas las potencias de Bandung no equidistan de Wás-

hington y de Moscú, sino que algunas favorecen inconsciente o ingenuamente a la última. Nos basamos para ello en un motivo cierto que probablemente nos da en parte la razón: el haber dejado los organizadores de aquella Conferencia que la China continental participara: Pekín no es neutralista ni pacifista. Entremezcla rabiosamente el objetivo, suponemos que ideal, de propagar el comunismo a todo el mundo, con los antiguos designios imperialistas y expansivos de los Hijos del Cielo, empezando por los pequeños países a su alcance, y que antaño fueron feudatarios de la Corte Imperial, como Corea y Viet-Nam. Los emigrados chinos son sus «quintas columnas», y las presuntas víctimas, más que las posesiones europeas supervivientes —que respeta cuando le conviene para su abastecimiento, como Hong Kong y Macao— serían los jóvenes Estados orientales.

Hemos citado dos ejemplos, pero podrían añadirse otros, como Birmania y Tai. Actualmente las dos Repúblicas populares de Corea del Norte y Viet-Nam del Norte no gozan de una independencia mayor que la de Hungría o Rumania. Esto no quiere decir que la China continental tenga el monopolio del imperialismo, tendencia que se registra hasta en alguno de los jóvenes Estados de la región, y de la que no se han curado, pese a su actual impotencia, las viejas potencias europeas expulsadas políticamente de aquélla, pues si pudieran harían retroceder el curso de la Historia contemporánea.

Pero hay otro aspecto, en el que los españoles somos quizás injustos involuntariamente con el neutralismo, y aun con los jóvenes Estados del Lejano Oriente, a causa no de nefandos intereses que nublen nuestra visión, ni de propósitos imperialistas inexistentes, sino de que nuestra información es unilateral, en cuanto procede de agencias o fuentes anglosajonas y francesas, que, naturalmente, presentan las cosas a su gusto. Tomamos el neutralismo un poco a broma y otro poco con alarma, olvidando que para aquellos orientales quienes están en Singapur y quienes han diezmado al pueblo indio son los ingleses —los mismos que permanecen en Gibraltar— y no los rusos; quienes han tenido que ser expulsados con las armas de Hanoi, y con otras clases de armas de Pondicherry son los franceses, y no los chinos; quienes se han ido por la fuerza de Yacarta, pero siguen por la fuerza en Merauke y Wau, son los holandeses; y quienes controlan la economía filipina son los americanos. Por lo tanto, a los orientales «los árboles no les dejan ver el bosque», en virtud de un razonamien-

to tan lógico como patriótico, que es el que alberga el pueblo español cuando no siente solidaridad con los que, monopolizando los conceptos de «Europa» y «Occidente», nos reclaman como comparsas para sus empresas, sin dejar de zaherirnos y de perjudicarnos. Sólo que con una mayor perspectiva de visión pensamos que sin dejar de ser lógicos los orientales debieran también ser cautelosos y prevenir los males futuros en que puedan caer, a causa de sus esfuerzos por liquidar los del pasado reciente, cayendo en las garras de algún poder más duro que los que han conocido.

De ese mundo lejano-oriental, que empieza en Bengala y acaba al Sur del Japón, debemos ocuparnos en España con mayor y mejor atención. En cada país debemos tener siempre provistas nuestras misiones diplomáticas, y por especialistas, con su correspondiente red consular. Esas misiones son en parte simbólicas hoy (1). La independencia de esos Estados debe llevarnos a perseguir con constancia los intercambios directos, antes vedados, claro que no olvidando lo limitado y modesto de nuestras posibilidades económicas, y eliminando las trabas artificiales que por nuestra legislación puedan existir para hacer frente a los obstáculos que por mil medios los antiguos monopolizadores nos opondrán. Y también debemos intentar que a la selecta, pero minúscula representación humana de España, que proporciona las misiones, se añadan otras de profesionales y técnicos (sin la intervención forzosa de la UNESCO). Caso aparte es el de Filipinas, donde debemos soñar con revivir nuestra casi borrada presencia desde las repatriaciones de 1946-47. Debemos aspirar a lo que otros países más modestos practican: unas más intensas y directas relaciones, siempre cordiales, porque no hay obstáculos que lo impidan; y un mejor conocimiento con posibilidades de colaboración recíproca. En la O. N. U. ya se han establecido felices colaboraciones entre los bloques hispano-americano y afro-asiático, y no ha mucho España fué elogiada por el delegado indonésico (2). Todo parece in-

(1) Tiene España Embajadas en Karachi, Nueva Delhi (reciente), Manila (que sirve para Taipeh) y Tokio. Legación en Bangkok (creemos que sirve para Pnom-Penh y Saigon). Faltan en Luang-Prabang, Rangun, Yacarta, Seul y Colombo.

(2) Con motivo del debate sobre los territorios dependientes, en la IV Comisión de la Asamblea General, dicho delegado formuló el contraste entre la acción misionera y civilizadora de España en sus Indias (Filipinas incluida) y

uitar a esa intensificación de los contactos, y colaboraciones, que es uno de los fines del Grupo Afro-Oriental de este Instituto, y a este mismo objetivo se encamina, dentro de su modesta esfera, el presente artículo, que desea proporcionar a los españoles una idea, sumaria, pero exacta, de uno de los grandes países surgidos en el Lejano Oriente: Indonesia, pues aunque nadie pueda «descubrirla» a estas alturas, sí puede mostrarla en su verdadera faz, y no en la fragmentaria y deformada de los telegramas y crónicas que suelen estar al alcance de los lectores españoles.

* * *

Empecemos por recordar que Indonesia es un coloso: 1.491.564 kilómetros cuadrados, o sea unas tres veces la superficie de España; y, además, un coloso disperso, ya que consiste en un archipiélago esparcido a lo largo de unos 1.000 kilómetros de oeste a este, y a lo ancho de otros 800 kilómetros de norte a sur, bien que dentro del mundo ecuatorial, bañado por los mares de China, del Indico y del Pacífico. Un país insular debe tener una fuerte escuadra y una gran marina mercante, y a Indonesia le faltan ambas cosas, aunque esto sólo sea el primero de sus tendones de Aquiles (3). Dentro de las tres mil islas e islotes del país se albergan, según censo de 1952, 76.367.281 habitantes, que en 1952 de calcularon ya en 80.000.000,

la acción explotadora de los traficantes (incluso de esclavos) de los Países Bajos. Prescindiendo de esta crítica, que no queremos ligar al anterior elogio, tales manifestaciones demuestran cómo se han desvanecido en Oriente los prejuicios que difundieron quienes nos bloqueaban en Europa hace dos lustros.

(3) Según los acuerdos de 1950, Holanda debía «formar» la marina indonesia y retener la base de Surabaya. Los indonesios han tenido que contentarse con rescatar la base y poseen un destructor, cuatro corbetas, cuarenta patrulleros, veinticinco guardacostas, cinco desembarcadoras, un buque-escuela y siete auxiliares, estando construyendo cuatro unidades. Esa falta de marina es la que mantiene la rebelión de las Molucas del Sur y a los holandeses en Waigeo y Misool. Más felices han sido sus intentos para rescatar la navegación interinsular de manos de la Compañía holandesa KPM, pasándola a una nacional (PELNI), con un tonelaje de 33.870 toneladas, bien poco para el tráfico marítimo de un país que ha registrado 5.887.820 toneladas entradas y 8.031.600 salidas en sus puertos.

o sea entre 51,2 y 53 por km². Promedio artificial que no dice la verdad: que la *jungla* dominante reduce la población de Borneo a poco más de cinco habitantes por km², mientras que en Java, medula, corazón y cerebro del país, se hacían 390 en igual superficie, habiendo pasado de 12 millones en 1860 a 54 en 1956. En 1920 sólo contaba el archipiélago 60.000.000 (20 menos en veintisiete años de diferencia), con lo que se evidencia lo prolífico de ciertos pueblos indonesios, estén o no bajo la administración holandesa. Naturalmente, la República practica la *autocolonización*, llevando javaneses a las otras islas (4), lo que no deja de proporcionar argumentos propagandísticos a los países que no desean el progreso de Indonesia, o que sienten nostalgias del pasado. Otra consecuencia es que los elementos alógenos, por pequeños que sean cuantitativamente, estorban o son mal vistos, ya que pretenden, con humana perseverancia, conservar sus privilegiadas posiciones de antaño, fruto, en parte, de su trabajo, pero también de favorables condiciones, que han desaparecido en lo político. El número de «europeos» —holandeses en su mayoría— ha disminuído, y seguirá decreciendo. Se fueron los administradores —excelentes como conjunto e individualmente honestos, pero inflexibles en imponer las directrices metropolitanas—, se están yendo los técnicos y acabarán por irse los propietarios y plantado-

(4) Esa transferencia se efectuaba ya en época holandesa para proporcionar obreros cualificados a ciertas explotaciones, y administrativos inferiores a las oficinas coloniales. Se dice que un 30 por 100 de la población javanesa no tiene empleo continuo o definido —y cada año hay 750.000 javaneses más—, por lo que un plan quinquenal ha previsto la transferencia de 400.000 familias (unos 2.000.000) a las «islas exteriores»; pero de hecho sólo han sido enviadas 98.000 personas en el período 1953-54 y —según estimaciones convencionales— unos 140.000 en el período 1955-56. El desequilibrio sigue alcanzando anualmente a medio millón de javaneses que escogen profesiones ni rurales ni primarias. Se dice que a la rigidez metódica de los holandeses ha sucedido la tiranía de los javaneses —sobre todo nacionalistas— y en las conferencias de Malino y Paogkal-Pinang no faltaron voces indígenas en ese sentido. La verdad es que los abusos son individuales o de grupo social (burocráticos sobre todo), y no raciales, y que los favorece la superioridad de preparación de los javaneses. Antes de 1941, un tercio de la población holandesa se concentraba en Java occidental, siendo su mitad de burócratas —*latu sensu*— y, en cambio, sólo la cuarta parte de los metropolitanos residentes en Sumatra era burócrata.

res (5). De 240.000 extranjeros antes de la guerra (en 1880, 60.000; en 1905, 94.500) contaremos a unos 100.000, entre los cuales hay 95.000 holandeses, sin estar seguros de que al escribir sea esa su cifra. Más difícil es numerar a los chinos, unos 3.000.000 largos, por la sangre, pero nacionalizados en un 40 por 100 (6). Las víctimas mayores han sido, por supuesto, los mestizos eurasiáticos, fruto inocente de «escapes sexuales» de un país racista, mal vistos por las dos sociedades entre las que se encontraban, y que en otras condiciones hubiera podido ser muy útil como elemento ensamblador. Su liquidación no es imprevisible. Cada año se repatriaban unos 14.000 holandeses, y con ello el sistema social y económico que habían creado (7) cruje.

(5) La burocracia y el comercio monopolizaron la vida de la población metropolitana antes de 1900, combinándose ante los ojos indignados de la masa con los sistemas coactivos. Tras del ensayo asimilista de Daendels (1811-15) y del nativista Le Raffles (1815-25). Van den Bosch introdujo (1830-77) los «cultivos» obligatorios quitando a los *deesas* del tercio al quinto de sus tierras, y requisando al quinto de los trabajadores locales. El carácter de *vasta finca* de la colonia preduró bajo el liberalismo (1870-1900), atenuándose bajo la «política ética» del siglo xx. De Indonesia salía en 1941 el 90 por 100 de la quinina mundial, el 86 por 100 de la nuez de cola, el 75 por 100 del *kapok*, el 38 por 100 del caucho, el 28 por 100 del coco y de la copra, el 20 por 100 del té, el 17 por 100 del estaño, el 4 por 100 del azúcar y del café y el 3 por 100 del petróleo mundiales.

(6) Los chinos —«judíos del Extremo Oriente»— constituían el 29 por 100 de la población pudiente, es decir, con renta superior a 900 florines en la anteguerra; son inasimilables y se sienten sobre todo chinos, al menos cuando les conviene. Conservan sus escuelas, mutualidades y centros; pero, según el acuerdo firmado a raíz de la Conferencia de Bandung, al llegar a los dieciocho años tienen que optar en los dos años siguientes y, si no, siguen la nacionalidad paterna. El acuerdo no soluciona el problema y el recelo popular sigue vivo frente a ellos.

(7) Antes de la guerra, los 240.000 europeos tenían una renta de 351.000.000 de florines; la de los chinos —el 2 por 100 de la población— llegaba a los 171.000.000. Los autóctonos reunían 447.000.000, siendo el 97 por 100 de la población. En el orden burocrático, a los españoles nos han abrumado los teóricos de la política colonial holandesa, como De Kat Angelino, Kleintjes y Moresco con los progresos de la *zelfbestuur* y de la *indianesatié*; pero resulta que sólo un 7 por 100 de autóctonos tenían un puesto oficial importante, y que en vísperas de la invasión japonesa no llegaba a 2.000.000 el total de alumnos que recibían enseñanzas elementales, orientadas hacia salidas tan prácticas como subalternas. 94 por 100 de la burocracia y de los transportistas y el 93 por

pese a todos sus esfuerzos defensivos (8). Por otra parte, el esfuerzo de los nuevos gobernantes, en principio justo, aunque no siempre conducido acertadamente, para elevar los bajos niveles de vida, es incompatible con la subsistencia del *statu quo* prebélico, en el que eran visibles las huellas del viejo sistema colonial, y aun con las permanencias de las ventajas retenidas por los europeos (9). Como en los casos de los países similares, los indonesios necesitan créditos, útiles y técnicos de fuera, mas desean potenciar al máximo el empleo

100 de los plantadores y empleados en ingenios era holandés. De 1934 a 1936, la inmigración se limitó a unos 12.000 por año.

(8) Las plantaciones eran un «asunto exterior» (europeo) antes de 1951; los holandeses tenían su 60 por 100. Ahora están en manos del Gobierno indonesio, o de las entidades a quienes las ha transferido, un 10 por 100: la discusión en torno a la nacionalización del resto es muy viva. En cambio, en el comercio había una tácita distribución entre el gran comercio exterior —holandés, con participaciones angloamericanas— y el tráfico local —chino, con participación indígena—. Persisten hoy en manos de los extranjeros el 80 por 100 de las exportaciones y las concesiones de petróleo y estaño. Pero ahora los americanos y otros grupos casi han alcanzado a los holandeses, perteneciendo, según estimaciones indonesias privadas, a los extranjeros, inversiones por valor de 63.000 millones de rupias indonesias, de los que unos 38.000 millones eran holandeses más o menos totalmente. Antes de la guerra, las inversiones metropolitanas eran 172 millones de esterlinas, al lado de 31 millones británicas, 12 millones francobelgas, dos millones alemanas, seis millones americanas y dos millones japonesas, dificultadas éstas. Contra Japón se adoptó una fuerte «puerta cerrada» comercial de 1935 a 1941. La metrópoli pagaba 12 millones de gastos militares. En el comercio, el 17,6 por 100 de las exportaciones iba a la metrópoli, y de ella venía el 11,9 por 100 de las importaciones.

(9) Antes de la independencia, un 5 por 100 de los indígenas consumía 2.500 calorías en alimentos unilaterales; el 10 por 100 oscilaba entre 2.000 y 2.500; un 30 por 100 entre 1.500 y 2.000; un 40 por 100 entre 1.500 y 1.000; un 15 por 100, 1.000. De un promedio de 1.600 calorías parece haberse llegado a 1.800; poco en conjunto; mucho comparativamente. El promedio de vida, aunque superior al indio, no alcanzaba al de indochinos y filipinos. La renta indígena *per capita* era de 15,90 dólares por 100 (el 97 por 100 de la población formado por indígenas sólo poseía el 69 por 100 de la renta total) habiéndose evaluado en unos 45 dólares después de la guerra, pero englobando a los extranjeros. Un 75 por 100 de la población vive del suelo; un 9 por 100, del mar o los ríos; un 7 por 100, de las minas; sólo el décimo se dedica a profesiones urbanas o industriales. Huelga decir que abundan los abogados y que todo el mundo quisiera ser burócrata, y de alto rango. Pero este no es un mal exclusivo de Indonesia...

planificado de sus propios medios y conservar el control del esfuerzo, para alcanzar la mayoría de sus resultados. Pero no ha habido grandes expropiaciones y sí sólo discretas nacionalizaciones, siendo bastante moderada la planificación (10). Claro que ello puede deberse al predominio de los consejos prudentes del Dr. Schacht, a primera vista más aceptables para el Gobierno que las irrealizables, las excitaciones del P. K. I., porque el Gobierno haría un *mal negocio* incautándose de las explotaciones, ahora que la presión sindical ha acordado serias mejoras al obrero, encarecedoras, por supuesto, de los costos, y que las huelgas —incluso *au ralenti*— menudean (11). Para colmo de dificultades, las destrucciones de la guerra y los malos hábitos que han dejado, los vaivenes comerciales derivados de la *guerra fría*, así como el crecimiento no sólo de la población y de sus niveles, sino de la burocracia intervencionista, neutralizan los esfuerzos de mejora; es de suponer que sin gran disgusto de los intereses empeñados en recordar su pasada gestión o lo imprescindible de su

(10) Ya dijimos que el Gobierno de Yakarta sólo adquirió el 10 por 100 de plantaciones que eran del Gobierno de La Haya, rechazando la expropiación de las privadas. Las plantaciones suponían un capital exterior de 800 millones de dólares y a comienzos de siglo proporcionan el 90 por 100 de las exportaciones; hoy, el 30 por 100. Las del Gobierno le proporcionan unos 240 millones de rupias de ingresos. El plan quinquenal (1956-1960) prevé un aumento de la renta anual del 3. por 100; la construcción de dos centrales —en Ashashan y Waduk Yatiluhar— una red de canales, la repoblación y el «ajardinamiento» forestal, la investigación del subsuelo y la creación de varias fábricas de cemento, siderurgia y construcción; pero sólo dedica unos 30 millones de rupias, suma ridícula de la que el Estado debe dar el 11,4 por 100, 7,4 por 100 las comunidades y, el resto, los particulares (¿forzadamente?). Son del Gobierno las minas de Bangka y, en parte, las de Billiton. La sal es monopolio oficial. De los ferrocarriles, una parte es estatal (Y. K. A.) y cuesta dinero; en cambio se costea la red aérea (G. I. A.).

(11) Las organizaciones sindicales son la SOBSI (Sentral Organisasi Buruh Seluruh Indonesia), dependiente de la WFTU comunista, con 2.600.000 sindicados; la KBSI, apolítica, con 735.000, y la SOBRI (islámica) con 460.000, divididas entre dos corrientes extremistas y moderada; y la pequeña IFSS. Entre otras ventajas (jornada de 40 horas) los seguros sociales se han tomado con ansia por los beneficiarios. El comunismo usa a los Sindicatos, pero no como armas favoritas, sino sólo en ciertos sectores industriales y urbanos, forzadamente minoritarios.

«concurso (12) que Indonesia intenta suplir, diversificando y aun «regionalizando» sus intercambios, acudiendo a los organismos internacionales considerados como inocuos y a la cooperación regional organizada en el Plan Colombo, donde sus aportaciones (1953-56) han ascendido a 195 millones de libras (en un conjunto de 2.093 millones). La verdad es, hoy por hoy, que necesita al banquero universal —los Estados Unidos—, pero teme a sus exigencias políticas, o, cuando menos, a que su ayuda le haga perder el equilibrio neutralista (13).

* * *

La historia de la independencia del país es tan reciente que, pese a su obtención oficial por la vía de las negociaciones y del acuerdo pacífico (el de la Mesa Redonda de La Haya, vigente desde 1.º de enero de 1950), los indonesios siguen albergando prejuicios contra la ex metrópoli, a la que atribuyen toda clase de intrigas, la retención con fines malévolos de «Irian» (Nueva Guinea) y una permanencia disfrazada. Y por generalización arremeten contra otros países europeos, a los que suponen alineados entre cortinas detrás de Holanda. En realidad, la historia de esa independencia es poco original —

(12) Indonesia no ha escapado a la inflación (la rupia vale en el mercado libre menos del cuarto que en el oficial; en el comercio no hay déficit (7.172 millones de rupias importadas por 9.759 exportadas), pero hay «importaciones invisibles» a las que ha querido dar un tajo indirecto el Gobierno de Yakarta cancelando unilateralmente su deuda con Holanda (648.810.000 florines que, según los holandeses, se elevaban a 4.081.000 millones, sin contar las deudas de guerra que la ex metrópoli renunció). Los intercambios, en su mayoría, vienen de Holanda, Singapur y Estados Unidos, y van a Sarawak-Borneo británico, Japón y Holanda. El comercio con el bloque rojo es bien modesto, y tampoco es muy grande el desarrollado con el grupo de potencias de Colombo. Nótese que Indonesia tiene ahora que importar arroz para nutrir a su población y que el petróleo le deja limitados beneficios.

(13) Se ha dicho que a cambio de ayudarla en la ONU a independizarse, los Estados Unidos (o algún elemento influyente de aquel origen) quiso imponerle un monopolio en forma de comisión de porcentaje del comercio exterior para una entidad poco conocida (la Fox Matthew Company). Lo cierto es que el Gobierno Sukiman dimitió (a comienzos de 1952) porque su ministro del Exterior, Subaryo, había firmado un acuerdo de ayuda mutua con Washington que provocó enérgicas manifestaciones populares, es de suponer que estimuladas por otros elementos opuestos del bloque rojo.

el caso indochino, sobre todo, tiene un claro paralelo—, y demuestra lo torpe de las resistencias y regateos, cuando el final del pleito está prejuizado (14). Por otra parte, en el pleito de Irian, al que hasta ahora la O. N. U. ha dado largas, retrasándose su solución, envenena los ánimos, que saben que parte de los amigos de Indonesia en 1949 (EE. UU. y Australia) han cambiado de postura (15): y como la jo-

(14) Al capitular el Japón dejó una «Republika» incipiente, y los holandeses no pudieron recopular ni pronto ni totalmente su imperio. Negociaron con los republicanos (la mayor parte de Java y Sumatra), sin dejar de manejar a las minorías (Den Passar y Pangkal-Pinang) y de acumular tropas. El acuerdo de Malino (16 de junio de 1946) preconizó un sistema federal libremente cooperador, y tras del armisticio (14 de octubre) se llegó al acuerdo de Cheribon-Linggayati (13 noviembre), que esbozó «los Estados Unidos de Indonesia», formados por la República, Borneo y el Gran Este, asociados con Holanda en una Unión con órganos más bien simbólicos: el «Jefe», dos Secretariados y dos Altos Comisarios. Esperables discrepancias interpretativas provocaron la lucha (1947: verano), y los Estados Unidos y otros países impusieron la mediación de la O. N. U., que creó una Comisión especial y acordó la beligerancia de los indonesios, y por fin dió origen al acuerdo del *Renville* (17 enero 1948), no sin una nueva conferencia federalista (Bandung, mayo) y de un intento holandés de decidir por las armas la pugna (Navidad) que provocó *boycots* y *ultimatums* velados, y obligó a un acuerdo (Van Royen-Rum, mayo 1949) entre la metrópoli y los republicanos, y otro de éstos, los desalentados federalistas (julio 1949). Holanda aceptó la conferencia de la que salió la Unión Holando-Indonesica con un jefe simbólico, reuniones de parlamentarios, un doble secretariado (pero sin un Gobierno ni un Tribunal propios y comunes) y algunos lazos personales, económicos y diplomáticos. Holanda regaló parte de la deuda local y muchas instalaciones, retuvo por poco tiempo la base de Surabaya y creyó asegurar la suerte de sus nacionales y de sus intereses. Indonesia no tardó en cambiar la estructura federal pactada por la unitaria, que tanto disgustaba a Holanda, y en impedir la abrogación de los pactos, inoperantes desde 1953. Para denunciar la Unión se invocó incluso la afiliación de Holanda a la OTAN; el 10 de agosto de 1954 un protocolo daba estado oficial a la ruptura, pero Indonesia no la ratificó y consagró unilateralmente aquélla el 21 de abril de 1955, sin dejar que se nombrase el embajador que sustituiría al Alto Comisario holandés.

(15) En 1950-52 Holanda sugirió una administración temporal hasta la celebración de un plebiscito; o un condominio holando-indonesio, o conferir a la decisión a una Comisión especial de la O. N. U. Ahora Indonesia siente no haber aceptado tales sugerencias. En las sucesivas discusiones anuales han ido operándose las posiciones de los antagonistas, mientras Holanda explora la isla. Pero dentro de la metrópoli abundan quienes creen que vale más re-

ven República no tiene fuerzas para imponer su criterio como dese-
ría, acentúa su antioccidentalismo. Por vía de retorsión, no totalmen-
te inocua, Yakarta puede defender sus reivindicaciones, amenazando
a Holanda con represalias sobre sus naturales y sus intereses, preten-
diendo la adhesión de los partidos holandeses para el criterio de que
vale más la amistad indonesia que Irian, grande, mas poco conocida
y costosa. A este respecto, simbólica ha sido la creación en 1955 de
una provincia de Irian con residencia en Tidore.

Un estado formado en condiciones tan turbulentas y difíciles, so-
bre una base tan delicada —y en parte impreparada—, no se des-
arrolla al estilo de Suiza o Suecia. En su breve historia, Indonesia
no acaba de salir de una fase constituyente, jalonada de episodios vio-
lentos y de discusiones entre los grupos, oficialmente distribuidos en
muchos y confusos partidos (16), que a su vez se reúnen en torno de

galar la isla a los indonesios que perder las últimas posibilidades de influencia
pacífica y negocios comerciales con ellos.

V. MORENO: «La Unión Holando-Indonésica y la cuestión de Nueva Gui-
nea», en *Cuadernos de Política Internacional*, núm. 12.

(16) El primer parlamento se formó con miembros nombrados, distribu-
yéndose entre los partidos «resistentes» a los japoneses. Las elecciones pro-
metidas para 1953 se celebraron en 1955 (de 29 de septiembre a 29 de no-
viembre las legislativas, y en 15 de diciembre las constituyentes), a base de
listas muy desiguales; a cada 300.000 ciudadanos se les asignó un represen-
tante (260 en total), y para cada 150.000 un diputado constituyente (520), au-
mentando los componentes del Parlamento provisional (224). Las elecciones
de 1956-57 han ampliado más la base representativa de la Asamblea. Los
principales partidos son: a) El *Masjumi*, que desde 1943 agrupó a todos los
núcleos musulmanes, preconizando un presidencialismo (compatible con el bi-
cameralismo) y la descentralización administrativa, reformas sociales, tole-
rancia y el carácter islámico del Estado. Disidencias suyas han sido: b) El *Nah-
datul Ulama*, desde 1952, derechista y rival más que divergente; y c) El
Dar-ul-Islam, caótico y xenófobo, que propende más a la guerrilla que a las
votaciones. d) El *PNI*, creado en 1927 por autonomistas evolutivos, pero
orientado luego hacia la izquierda socializante y laica, aun dentro del «Pan-
tiasila» (creer en Dios, humanitarismo, nacionalismo, democracia, justicia so-
cial). e) El *P. S. I.*, poco propagado en un país donde los comunistas prome-
ten más que los socialistas. f) El *P. K. I.*, que ha jugado siempre una confusa
actitud, disfrazando su bolchevismo bajo consignas poco inteligibles (disiden-
cia suya es el grupo *Murba*, de Kartosivirtiyo (¿trostkysta?). h) Los dos par-
tidos minoritarios, *católico* y *protestante*, que, por cierto, no están en malas
relaciones con el *Masjumi*, por temor al común enemigo. i) Una serie de pe-

discutidas figuras, y huelga decir que compitiendo en la peligrosa tarea de no retrasarse en el fervor de las masas, a las que hay que contentar con promesas de difícil realización, o bien alejarlas de los partidos rivales, denostando a éstos hasta más allá del límite que la polémica política alcanza, por ejemplo, en Luxemburgo.

En definitiva, los gobiernos vienen siendo de coalición; pero al eje P. N. I.-Masjumi, base de las combinaciones de 1950 a 1953, le reemplazó en ese año un eje desigual a base del P. N. I. solo, con menos apoyos fijos que circunstanciales (los de los grupos minoritarios con regularidad, y los de los dos partidos marxistas circunstancialmente), de los que salió en las elecciones de 1955 una sospechosa mengua del partido eliminado del poder —el Masjumi—, que, por otra parte —a causa de las escisiones y de su actitud moderada—, no se fortaleció con la oposición, desequilibrando un poco lo que pudo ser un sistema de colaboración intermayoritaria (17).

queños grupos, con los más variados nombres, pero sin carácter regional abierto o exclusivo, siempre en estado flúido, y prestos a la «combinación»; flotando a su alrededor un grupo amorfo, pero fuerte: los *independientes*, que deberían llamarse más bien los expectantes.

Cada partido tiene su hombre. El *Masjumi* al ex vicepresidente Mohamed Hatta, cuya honestidad y moderación reconocen sus adversarios, con Natsiri, Virosumiyoyo, Subaryo y Visibono. El P. N. I. al Presidente Sukarno, acusado de ambicioso y colaboracionista con los japoneses por sus enemigos, pero con un largo historial de luchador; con Vilopo, Yoyosukanto y Sastroamiyoyo. El P. S. I. a Siariffudin (este fué resistente contra el Japón por reparto de papeles entre los indonesios) y a Siarih. El P. K. I. al dinámico Aidit Ahimin, Sutman y Sioto. Entre las segundas figuras, el jefe católico Kassimo ha logrado que Sukarno visitara al Papa y suavizar la situación de los misioneros, aunque también en esto Yakarta coincide con Nueva Delhi (prohibir la llegada de nuevos misioneros extranjeros). El jefe protestante es Wimeno. El del *Nahdatul*, Arifin Aurefiat. En P. S. Islam Indonesia tiene a Tiokrosuyoyo.

(17) En las elecciones de 1955 el *Masjumi* obtuvo 57 puestos en la Cámara y 112 en la Constituyente. E. P. N. I., 57 y 119, respectivamente. El *Nahdatul*, 45 y 91. Los comunistas, 39 y 80. Los socialistas 5 y 10. Los católicos, 6 y 10. Los protestantes, 8 y 10.

En la lista de Gobiernos anotamos sucesivamente los de Siariffuddin (1947-49), Dr. Hatta (1948) y Mohamed Natsir (1950), sucedido por Abdul Halim a título transitorio, y luego por el Dr. Hatta, que, tras muchas tormentas, cayó; el primer Gobierno Sastroamiyoyo y sus «remiendos» posteriores cedieron el paso a un Gobierno gris de Harahap (1955-56), para volver a formarse en marzo de ese año un nuevo Gobierno Sastroamiyoyo, que duró hasta la crisis de finales de año.

Por otra parte, además de los *líderes*, de los partidos y de las masas, juegan en la vida indonesia otros factores. Ya hemos aludido a las intervenciones exteriores —no todas solapadas, como se vió con las andanzas de Paul Westerling, «el turco»— y a las de los sindicatos. Queda por nombrar a las fuerzas armadas como factor político, anormal teóricamente, pero necesario e inevitable desde el punto de vista de la realidad nacional (18). Quien conquiste al ejército puede ganar al país, sin votaciones ni mayorías. El Ejército era el visible sucesor de Sokarno.

En cambio, cuentan poco los ex sultanes o «regentes», pues o han acatado con mayor o menor entusiasmo la nueva situación —como el de Yoyakarta— o han sido apartados de su poder, incluso represivamente —como Hamid II, «Max» de Pontianak, tachado de pro-holandés—. De modo que los peligros de disidencia no provienen de los «feudales», sino del comunismo —alzado en armas bajo Mussomo en Madium, en septiembre de 1948—, del *Dar-ul-Islam* —alzado con intermitencias en Atchin y Pansundan desde 1952— y de los grupos del extremo este del país, donde la mayoría insular —muy minoritaria frente a Java— tiene posibilidades de apoyo sostenido desde fuera, de las que carecen las otras minorías (19). Así, la

(18) En la confusa mezcla de ex guerrilleros, ex soldados o gendarmes coloniales y profesionales de nueva preparación están representados todos los partidos. Llamado con frecuencia por los gobiernos para que hagan de bomberos o gendarmes, el Ejército cree que también hay que contar con él, y que ante el caos lo haría mejor que los políticos: impone vetos y desarrolla otros medios de apoyo de su criterio, como la invasión del Parlamento (octubre 1953), o simplemente «demostraciones» ante él (agosto y diciembre 1956), llegando al derrocamiento silencioso de Sastroamijoyo (julio 1955), la rebelión de la aviación (diciembre 1955) y la de los mandos de Sumatra (diciembre 1956-enero 1957), con formación de Consejos Militares y negativa a transferir los impuestos al Gobierno central. En fin, el ejército detuvo (1956) al Ministro de Información e hizo dimitir al de Hacienda (1957).

(19) Partidos regionales han sido el Parki (pasundanés), el S. K. I. y el I. N. I. (de Borneo), el P. K. R. (de Célebes). Localizaciones acusadas han ofrecido muchos pequeños grupos: el Perti, de Sirayudin Abas, islámicos de Sumatra y Oeste; el P. R. J., de Bingtomo; el P. R. N., de Gondokosomo; el *Panindra*, de Sutomo; el P. B. R. I., de Pelepsor, y los grupos femeninos P. W. P. I., P. W. R., W. D. I., por ser casi totalmente javaneses. El partido P. L. R. albergó algún tiempo a los ex régulos. Los alógenos tienen sus grupos: *Permai* y P. D. T. I. (chinos), T. T. Y. (chino-mestizo) y P. I. N. (indio).

famosa rebelión de las Molucas del Sur, públicamente iniciada en Amboina en abril de 1950, y que, aunque oficialmente extinguida muchas veces, parece subsistir, con una «República» que ha enviado delegados a la O. N. U. y que emite sellos de Correos (20). Eco suyo más pasajero fué la rebelión de Macassar (Célebes) bajo el capitán Azis (20 bis).

La táctica de contestar a las fuerzas centrífugas oponiéndoles otras centrípetas, incluso constitucionalmente, no parece haber sido aplicada con el acierto deseable; pero, pese a sus defectos, como sucede en la India, va surtiendo sus efectos, y quizá sin la rigidez unitarista de los sucesivos gobiernos, la vida de Indonesia hubiera sido hartamente fugaz, dada su falta de precedentes —de no remontarse a los remotos o discutibles como el «imperio» *mayiapahit* de Gayam Mada en el siglo XIV—, dado lo arraigado de los particularismos cuidadosamente cultivados por Holanda. En suma, para que nazca y viva una nación ha habido que efectuar lamentables sacrificios de ciertos sectores; es una realidad en la que pocos países podrán tirar la primera piedra a los gobernantes indonesios. Así se explica la concentración de unidades desde los acuerdos de 1947 a 1957. La Indonesia de 1947-50 (los Estados Unidos) comprendía tres unidades (la «República» —Kalimantan— y el Gran Este); pero los holandeses dibujaron por su cuenta hasta 17 entre regiones federadas y «territorios»: la «República», el Gran Este, Pasundan, Sumatra-Este, Sumatra-Sur, Madoera, Bangka-Billiton-Riouw, Borneo-Oeste, Gran-Dayak, Banya, Borneo-Este, Kota-Barinyin, Borneo-S. O., Padang, Java-Semarang, Java-Surabaya y Nueva Guinea. La Constitución federalista sólo preveía siete «negaras» (Estados) y varios territorios autónomos u «otros» (¿Nueva Guinea?), incluido al distrito federal de la capital; estable-

(20) Para el sector curioso de conocer el problema de las Molucas del Sur, exponente físico del peligro de desintegración indonesica, recomendamos la lectura del artículo de JOSÉ LUIS DE AZCÁRRAGA en *Cuadernos de Política Internacional*, núm. 8, sobre la materia.

(20 bis) Las últimas rebeliones han revestido la forma de una progresiva desintegración del Este: separación de Tangro y Talud (febrero 1957) y levantamiento de Macassar (Célebes) con intervención del gobernador Andi Pangersons, coincidiendo con la pugna Hatta-Sukarno, por el «dirigismo democrático» de éste. Luego se adhirió Borneo, poniendo en un aprieto a Sukarno, para preparar su substitución.

ciendo representaciones mínimas para ciertas minorías y una limitación de las de la República. El bicameralismo reforzaba el sentido federal refomentado en el Senado; mas el 14 de agosto de 1950 fué reemplazada por otro texto «provisional», el unitario, en el que las unidades actuales parecen ser once: tres en Sumatra, tres en Java, otra en Borneo, otra en Célebes, otra en las Molucas, otra en la Sonda y la teórica de Irian. El futuro aportará, también en esto, cambios.

* * *

Cuanto antecede explicará el aferramiento de la gran mayoría de los jefes políticos, de los partidos y aun de la masa, al neutralismo, y a lo que desde ciertas capitales occidentales se califica de «antioccidentalismo», pensando, claro está, en sus intereses. Para nosotros trátase de la imposibilidad de tomar un camino distinto al seguido, sin poner en peligro al joven Estado de nuevas explosiones desintegradoras. Claro que con divergencias y matices de interpretación. El *Masjumi* se hubiera aproximado con gusto al Pakistán, si éste no estuviera en la SEATO, donde participan dos europeos: Inglaterra y Francia; y a Malaya, si ésta fuera ya independiente. El P. K. I. y sus «manejados» derivarían al neutralismo de Pekín. En el medio equidistante, el P. N. I. ha empujado al neutralismo hacia Nueva Delhi, y ya es bastante el haber logrado que la hegemonía inicial de Nehru, con sus impulsos y sus criterios no siempre coincidentes con los de Indonesia, se haya diluido en el fenómeno colectivo de Colombo (por las intervenciones equilibradoras de los pakistaníes y ceylandeses, más que por la de los birmanos). De enorme éxito de la política indonesia —no exclusivo de ella, desde luego— hay que calificar a la Conferencia de Bandung, de la que antes nos ocupamos desde estos CUADERNOS (21); porque en el ya poderoso bloque afro-asiático Yakarta juega un destacado papel, y cuando no discute asuntos propios —en los que la pasión es casi inevitable— ha acreditado un elo-

(21) Pueden verse los números 30 (R. G. B.: «Perspectivas y resultados después de la Conferencia de Bandung») y 33 (J. M. C. T.: «Panorama diplomático de Afrasia»). Véanse también los *Cuadernos de Política Internacional*, números 23 (RUBIO: «Tras de la Conferencia de Bandung, ¿Eurasia o Euráfrica?») y 22 (MARTÍN DE LA ESCALERA: «La Conferencia de Bandung»).

giable crecimiento de su madurez diplomática y de su sentido internacional de la responsabilidad ante los difíciles momentos del mundo.

A nosotros nos parece que ese sentido crecerá más aún, cuando desaparezcan del horizonte regional indonesio ciertos hechos que frenan su tendencia hacia la conciliación y obligan a sus dirigentes a dar saltos atrás: los holandeses en Nueva Guinea y los británicos en Sarawak y Singapur; éstos, por cierto, combatiendo, sin reparar en los medios, contra los malayos «insurgentes», que, por comunistas que sean —o se quiera hacer ver que son—, están ligados por lazos de sangre con sus hermanos emancipados del sur, hecho al que éstos no pueden permanecer insensibles; y hasta los franceses olvidados en Camboya, y los norteamericanos de las bases yanquis en Filipinas. El ejemplo de estas bases provocó en Indonesia la tumultuaria deposición del ministro de la Guerra, que —según se dijo, aunque él lo negó— se había permitido concluir, sin contar con el Gobierno, un convenio de ayuda mutua con los EE. UU., cediendo tres bases en el «noroeste del país» —probablemente en el archipiélago de Riow, al lado de Singapur y en las Natuna— a cambio de beneficios económicos que, sin dejar de ser muy precisos, repugnaban a los indonesios por sus contrapartidas extraeconómicas (22).

La actuación de la SEATO, hasta ahora más pletórica de planes que de realizaciones, excita también a los indonesios, que creen —con o sin acierto; esto es materia opinable— que hay protecciones tan peligrosas como los riesgos de que quieran preservar. Por eso Yakarta prefiere el grupo de Colombo.

En resumen, son previsibles dos cosas: una, que Indonesia, pese a sus dificultades internas, ha de pesar bastante en ciertos asuntos y en ciertas reuniones internacionales. Otra, que está interesada en hacer amigos; y si estos amigos reúnen la rara coincidencia de ser a la vez anticomunistas y antiimperialistas —lo que es ser la misma cosa vista desde dos ángulos— estará encantada de sumar colaboraciones, que, sin desviarla de sus metas, la ayuden a rechazar el califi-

(22) La Administración de Cooperación Económica acordó en enero de 1951 financiar trabajos de ingeniería a cargo de la J. C. White Engineering Co. de Nueva York por valor de 700.000 dólares a cuenta del crédito global acordado de 100 millones en 1950. Los Bancos operantes son el de Indonesia, el Negara-Indonesia y el Rakiat Indonesia.

cativo de procomunista, con el que la bautizan sus adversarios. España es uno de esos raros países. De ahí que esté todo abonado para el encuentro diplomático con Indonesia. Esta y nuestro país por cierto tienen acordado el recíproco establecimiento de misiones diplomáticas desde 1953 —por un cambio de notas—, sin que se haya llevado a la práctica tal acuerdo, causando perjuicios el retraso para ambas partes. Al establecimiento de esas misiones oficiales, bien selectas, deberán seguir los intercambios, y sin grandes pausas, como ya propugnamos al principio de estas páginas.

Vayan, pues, los españoles preparándose para esos contactos, con la mejor visión propia que sea posible de sus interlocutores y sus problemas, y Dios quiera que a los indonesios les suceda igual. Que ya está bien de que para saber si Madrid es la capital de España o de Portugal acudan los orientales a cualquier voluminoso libro anglosajón, y allí en lugar de una información precisa y clara, les hablen de la Inquisición, de las corridas de toros y de otras cosas por el estilo. También a nosotros nos hablan de las balinesas y de los «corta-cabezas». Humo, sólo.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

